

# LA CASA DE ULISES

Claire North

Traducción: Federico Cristante



VIDIS  
HISTÓRICA

## CAPÍTULO 1

LLEGARON A LA PUERTA DE MI TEMPLO AL ANOCHECER, con antorchas encendidas. El fuego que llevaban parecía débil en contraste con el oeste escarlata, pero teñía de oro las líneas de bronce de sus cascos. Los últimos de los devotos se dispersaron ante esos hombres duros de corazón que avanzaban por el sendero estrecho que subía por la curva de la colina. Al aroma a jazmines y a rosa nocturna se sumó la respiración de esos torsos contorneados de manera tan adorable. Semejante fanfarria de brazos aceitados y de piernas curvas no pudo sino notarse desde más de un valle de distancia. Así pues, mi sacerdotisa, la bella Jantipa, los esperaba en lo alto de los tres escalones desiguales que conducían a las columnas del pórtico. Tenía el cabello levantado por encima del rostro, el vestido bajado a la altura de los senos. Había enviado a una de las niñas más jóvenes a buscar un puñado de flores amarillas al santuario para sostenerlas en sus brazos como una madre mimando a su bebé, pero, por desgracia, la niña era demasiado lenta y no llegó a tiempo para completar tan agradable imagen. En cambio, tuvo que quedarse detrás del grupo de sacerdotisas con los pétalos en las manos, retorciendo los dedos como si hubiera un escorpión en el ramillete.

—Bienvenidos, estimados viajeros —exclamó Jantipa

cuando los primeros hombres de la columna estuvieron lo suficientemente cerca como para oír su voz grave. Es inaceptable preguntarle la edad a una dama, pero ella había envejecido con verdadera belleza. Llevaba las líneas de los ojos con júbilo, una sonrisa sugerente, y el movimiento de su muñeca fragante parecía decir “a lo mejor ya no soy joven, pero ¡cuántos trucos he aprendido!”. Sin embargo, los hombres que se acercaban no le devolvieron la cortesía. Se formaron en semicírculo a algunos pasos de donde se encontraban las mujeres, rodeando la entrada al templo como si de allí fueran a brotar serpientes. Hacia el oeste, los últimos vestigios del día pintaban el mar calmo con marcas rosas y doradas. La ciudad ubicada a la sombra de mi altar estaba coronada con gaviotas. Las banderas brillantes que se extendían entre las columnas y los pinos alrededor de mi templo se movían sin cesar y tiraban de sus cuerdas.

Entonces, sin mediar palabra, los hombres ataviados en bronce, con el casco sobre la frente y la mano sobre la espada, avanzaron hacia las mujeres. En ese momento, yo me bañaba debajo de mi enramada del Olimpo, disfrutando el néctar que se me acumulaba en el ombligo. En el instante en que sus sandalias pesadas impactaron contra las maderas sagradas de mi templo sagrado, obligué a mis ojos a dejar de contemplar mis partes más bellas, les pedí a mis náyades que interrumpieran sus cabriolas, cosa que hicieron con cierta reticencia, y dirigí la mirada hacia la tierra. A favor de su carácter como sacerdotisa, Jantipa se adelantó de inmediato para bloquear el paso del hombre más cercano. Su nariz quedó apenas por debajo del borde curvo del peto del soldado, y la sonrisa de Jantipa dio paso a una mueca casi de decepción.

—Mis buenos viajeros —proclamó—, si habéis venido a darle las gracias a la generosa diosa Afrodita, entonces sois bienvenidos. Pero no profanamos su santuario con armas

ni ofrecemos nada en su nombre sino con la mayor devoción, amistad y regocijo.

El soldado que encabezaba ese grupo (un hombre de barbilla hendida y unos muslos que, en circunstancias normales, me resultarían de lo más cautivadores) pensó por un momento. Entonces apoyó la mano sobre el hombro de mi sacerdotisa y la empujó; ¡realmente empujó a mi sacerdotisa, en mi hogar sagrado! Lo hizo con tanta fuerza que ella tropezó, y habría caído al suelo de no haberla atajado una de las mujeres.

Me erguí. El néctar dorado se desbordó por el borde de la tina y se derramó en charcos brillantes por el suelo de mármol blanco. En mis manos largas y sedosas sobresalían, blancos, mis huesos. Sin apenas notar lo que hacía, maldije al soldado que se había atrevido a tocar de esa manera a mi leal seguidora: él amaría y uniría su corazón a la pasión, y cuando lo hubiera dado todo de sí, lo traicionarían. Y, además, le mutilarían los genitales. No se desafía a Afrodita sin que eso acarree consecuencias por demás explícitas.

Cuando el siguiente hombre se adentró en mi santuario, y luego el siguiente, ambos inconscientes de los ritos y deberes sagrados que se me debían, provoqué un ligero temblor bajo sus pies. Y así sucedió, pues, si bien no soy dada a hacer temblar la tierra, el suelo que sostiene a mis adoradores sabe que no debe resistirse a la voluntad de ni siquiera la más encantadora de las diosas. Pero aquellos insensatos siguieron entrando, y cuando todos los hombres habían cruzado el umbral y ya inspeccionaban el sanctasanctorum de mi templo como quien estudia una oveja en el mercado, alcé los dedos, que aún derramaban un fluido dorado, y me preparé para castigarlos con un destino tan innombrable, con una desazón tan perpetua, con una destrucción de cuerpo y alma tan desagradable que incluso Hera, que tiene un don para lo grotesco, habría girado el rostro hacia otro lado.

Pero antes de que pudiera destruirlos a todos, antes de transformar a cada hombre maldito que se atreviera a retirar con esas manos mugrientas las flores colocadas en el altar o a quitar las mantas de las camas calentitas donde se celebraba la más sagrada comunión entre cuerpo y carne, otra voz retumbó por la red de caminos polvorientos y casas inclinadas que rodeaban mi santuario.

—¡Hombres de Esparta! —gritó, y qué bien habló. Un timbre de voz adorable, una calidad sonora que mostraba a las claras a un capitán de los mares, o un soldado sobre las murallas caídas de la guerra—. ¡Profanadores de este espacio sagrado, es a nosotros a quienes buscáis!

Los hombres que se encontraban dentro del santuario abandonaron su búsqueda y, con la mano apoyada sobre las espadas, volvieron a salir, mientras el atardecer sangriento se colaba por entre las plumas de sus cascos altos. De todos modos, los maldije: que de su vientre brotaran los fluidos más desagradables y que tal padecimiento les llegara de manera lenta, pero irremediable, hasta que se arrojaran a los pies de alguna de mis damas e imploraran piedad. Una vez hecho eso, me permití mostrar un poco de curiosidad sobre los acontecimientos que se desarrollaban frente a mi santuario. ¿Qué clase de desgracia insignificante propia de los mortales perturbaba mi baño nocturno de esa manera?

Donde antes había una hilera de hombres con armadura dando sonoros pisotones en torno a mi santuario, ahora había dos. La primera pertenecía a los hombres malditos con armadura de bronce, dispuestos en una soldadesca línea recta de espaldas al sol poniente, con los labios apretados y los rostros parcialmente ocultos por los cascos que aún pesaban sobre sus frentes. Los otros llevaban capas de un marrón y verde desgastados, sin casco, y se congregaban en un grupo desordenado en la salida del sendero por el que habían llegado.

—Hombres de Esparta —prosiguió el encantador líder de esa segunda manada. “Inflexible”, esa palabra lo definía a la perfección: inflexible tanto en su tono de voz como en su ceño fruncido; por fuerza, a veces no queda sino apreciar a un sujeto de esa índole—. ¿Por qué habéis venido hasta aquí con armas? ¿Por qué cometisteis semejante sacrilegio en este lugar tan pacífico?

Uno de los hombres armados, uno de los que no tardarían en descubrir que su hombría era una protuberancia hinchada y amorfa bajo la túnica, se adelantó.

—Eres Iasón, ¿verdad? Iasón de Micenas.

Iasón (me pareció un nombre muy bonito) tenía una mano sobre su espada, por debajo de la capa, y no dignificó a esos hombres impudentes con una sonrisa o con un gesto de cortesía con la cabeza.

—Lo preguntaré por última vez, y luego os pediré que os retiréis. Esparta no tiene autoridad aquí. Consideraos afortunados de seguir respirando.

Varias manos se aferraron a sus respectivas empuñaduras. La respiración se ralentizó en los pulmones de aquellos que sabían cómo luchar, se aceleró en los de aquellos que aún no estaban familiarizados con el curso sangriento de la violencia. Jantipa ya exhortaba a su gente a entrar al santuario, antes de cerrar y trabar las puertas pesadas contra el mundo exterior. La última curva del sol poniente se mantuvo un momento más por encima de la línea del horizonte. Tal vez fue un pequeño atisbo de curiosidad que superó el deber sagrado de los aurigas celestiales. Luego cayó por debajo del mar hacia occidente y dejó atrás la luz de las lumbres y los ecos escarlata del día que se terminaba.

La mano de Iasón se aferró a su empuñadura y yo le hice palpar el corazón: “¡Sí! ¡Sí! ¡Hazlo, sí!”. Se estremeció por mi toque celestial, como lo hacen todas las personas cuando Afrodita camina entre ellas, y guie su deseo hasta un punto

único de su pecho. “Desenvaina tu espada”, le rogué, “¡elimina a estos profanadores!”. El corazón le latió un poquito más rápido; ¿siente la fortaleza de mi mano sobre su muñeca?, ¿se estremece a causa de una excitación que no logra identificar, el correr de la sangre, los músculos apretados de su pecho? Hay muchos hombres de guerra que han sentido el lugar donde confluyen el miedo, la rabia, el pánico y la lujuria; cuando alguien me desaira, con júbilo me reúno con ellos en ese lugar.

Entonces habló otra voz y acalló el silencio furioso de las manos que se tensaban sobre las espadas, de la inhalación que les llenaba el pecho; una voz tan nueva como familiar. Me sobresalté con sorpresa al oírla, y cuando las palabras de esta otra voz se derramaron como aceite por la oscuridad, sentí en el pecho de Iasón la conmoción de haberla reconocido.

—Mis queridos amigos —dijo—, este es un lugar de amor. Y con amor hemos venido.

Entonces se adelantó otro hombre. No llevaba armadura, sino una capa del color del vino rico que lo había hecho engordar tras partir de Troya. Le adornaba la cabeza una corona de rizos oscuros con trazos grises, y su cráneo reposaba sobre un cuello que se expandía en forma triangular sobre los hombros, por lo que la cabeza, la garganta y el pecho parecían ser un único elemento, en lugar de tres órganos diferentes. No era más alto que los otros hombres, pero sus manos... ¡Qué manos! Tan gruesas y anchas que podrían aplastar el rostro de un herrero con la palma. Manos que arrojaban lanzas, que desgarraban corazones y que blandían espadas, de la clase de manos que no creo que volvamos a ver en Grecia. Esas manos eran lo primero que todos los observadores podrían notar. Cuando volvió a hablar, todos los ojos se elevaron para clavarse en los de él, pero se desviaron de inmediato, pues en esa mirada gélida

había algo que solo las Furias podían nombrar. Los labios del hombre formaron una sonrisa que no llegó a sus ojos, y yo, que tengo una memoria tan inabarcable como el cielo estrellado, no pude recordar momento alguno en que los hubiera visto sonreír, salvo una o dos veces, cuando él no era más que un bebé quejumbroso, antes de la época de las maldiciones antiguas y de las guerras más nuevas.

Iasón no soltó la empuñadura de su espada, pero incluso él, mi pequeño guerrero valiente, sintió que su postura vacilaba ante la mirada de aquella figura que avanzaba con brazos abiertos por entre los profanadores. Y, por un momento, ni siquiera yo supe si su sonrisa presagiaba veneración o incendios sacrílegos; si estaba a punto de hacer una ofrenda a mi gloria u ordenar que se encendiera mi santuario. Busqué la respuesta en su alma, y no logré verla. Yo, nacida de la espuma sagrada y del viento del sur, yo miré dentro de su corazón y no pude saberlo, pues, a decir verdad, ni él mismo lo sabía. Pero solo yo tuve miedo.

Entonces volvió a dirigir esa sonrisa hacia Iasón y, con el tono del académico que desea que su alumno forme alguna gran idea por cuenta propia, dijo:

—Mi buen Iasón. Tu honor es tema de conversación incluso en nuestra pequeña, pequeña Esparta. No pensé que fuera a encontrarte en un lugar tan... pintoresco... como este, pero a todas luces ha habido un malentendido. Cuando uno se preocupa por el bienestar de sus seres queridos, por el bien de un reino, por el corazón mismo de Grecia, por la tierra bendita que nos engendró a todos, debe aprender a deshacerse de toda expectativa. De todas las expectativas comunes, si es que esas cosas comunes apartan a un hombre de su deber, incluso de su honor. Creo que tú entiendes estas cosas, ¿verdad?

Iasón no respondió. Era normal; cuando aquel hombre hablaba, muy pocas personas respondían.

—La verdad es que mis hombres están cansados. No deberían estarlo, resulta hasta vergonzoso. Hubo una época en que los hombres, los verdaderos hombres, podían marchar durante cinco noches sin comida ni bebida y aun así luchar y ganar una batalla al llegar a su destino, pero me temo que esa época ya ha pasado, y debemos conformarnos con una clase de hombre más débil. Un hombre insensato. Pues son insensatos quienes vinieron aquí de un modo tan provocador y desconsiderado. Te ofrezco... tres de sus vidas, si lo deseas, como recompensa. Elige a quien quieras.

Si los hombres de Esparta se sintieron perturbados por el hecho de que su líder ofreciera a tres de ellos para que sufrieran una muerte deshonrosa e inmediata, no dieron señal alguna. Tal vez era algo que su rey ya había hecho antes, o tal vez estaban demasiado distraídos con las crecientes molestias en la inglete para comprender todas las implicaciones del asunto que allí acontecía.

Iasón tardó en entender la sinceridad de aquel momento, pero al final meneó la cabeza. Pero eso no era respuesta suficiente. El otro hombre se quedó mirándolo con la cabeza inclinada hacia un lado, como si preguntase “¿No vas a elegir?”, por lo que al fin Iasón respondió:

—Yo... No. Tu palabra es suficiente. Tu palabra es... más que suficiente.

—¿Mi palabra? Mi palabra. —El hombre saboreó la idea, la sopesó en mente y alma, disfrutó su esencia y luego la volvió a escupir—. Mi buen Iasón, es un placer para mí saber que Micenas tiene hombres como tú. Hombres que confían en... palabras. Mi sobrino está bendecido al contar con tu lealtad. Ahora la necesita. Necesita la lealtad de todos nosotros en estos tiempos. Qué tiempos. —Volvió a hacer una pausa, y volvió a haber un momento en el que Iasón podía hablar y un momento en el que, una vez más, Iasón no tuvo nada que decir. El hombre suspiró: aquella

era una conversación decepcionante, pero no lo sorprendió. Estaba acostumbrado al sonido de su propia voz, aunque aún no había averiguado el motivo. Se acercó a Iasón, y al no retroceder el joven, volvió a acercarse, apoyó una mano en el hombro de Iasón, sonrió y le dio un apretón. Suele cascar las nueces haciendo pinza con los dedos, y una vez le retorció la cabeza a un hombre hasta partirle el cuello, sin apenas darse cuenta de lo que hacía. Pero Iasón era valiente; Iasón no se acobardó. Eso satisfizo al hombre. Hoy en día, lo satisfacen muy pocas cosas que no se expresen mediante el lenguaje del dolor.

—Pues bien —murmuró por fin—. Iasón. Iasón de Micenas. Mi buen amigo Iasón. Pues bien. Déjame preguntarte, como tío cariñoso, como sirviente leal, humilde suplicante de nuestro rey de reyes, Orestes de Micenas, tu noble amo, mi querido sobrino. Déjame preguntarte, entonces. Déjame preguntar. —Menelao, rey de Esparta, esposo de Helena, hermano de Agamenón, quien se alzó en la Troya ardiente y pisoteó cabezas de bebés; un hombre que, en el lugar más recóndito de su alma, todas las noches jura ser mi enemigo como si los juramentos de los mortales tuvieran algún significado para los dioses. Ahora se inclina hacia el sudoroso soldado de Micenas, ahora le susurra al oído con una voz que le ha ordenado al mundo que se quebrara—: ¿Dónde mierda está Orestes?